

## Reseñas

**Jean Marie André. La Médecine à Rome.** Paris: Ed. Tallandier; 2006. ISBN 978-284734-175-1.

Jean Marie André es bien conocido por sus excelentes estudios sobre la civilización romana. Una larga tradición historiográfica había destacado el carácter subsidiario, de mera herencia sin personalidad propia, de la medicina romana respecto a la griega. Por el contrario, la obra de André desarrolla otra interpretación distinta de la de simple alumna dócil de la medicina griega clásica. El uso que en Roma se hizo de la medicina griega rebasó muy ampliamente la mera reiteración, para incorporar elementos bastante novedosos. A su juicio, la gran originalidad latina radicó en el pragmatismo selectivo de las aportaciones médicas del hipocratismo griego. Esa selección permitió un mejor uso de la dietética, de la farmacéutica y de la propia cirugía. En especial, la obra de Jean-Marie André aporta elementos de reflexión en lo relativo a la sociología de la curación y de la enfermedad, y también en la profundización a partir de la documentación jurídica hasta ahora poco tenida en cuenta.

El trabajo de André constituye un análisis realizado a partir de la utilización de una amplísima, podríamos considerar casi exhaustiva, nómina de fuentes literarias greco-latinas, analizadas desde sus lenguas originales. Junto a los grandes tratados, existe todo un conjunto de referencias a autores «menores», así como alusiones al papel de la medicina y de los médicos. André, al contrario de otras interpretaciones usuales, concede una mayor importancia a las informaciones (y al uso) de la obra de Celso respecto a la de Galeno. Se trata de un planteamiento original, que probablemente no sea totalmente compartido pues, en general, los estudios de Historia de la Medicina suelen coincidir en afirmar las características más teóricas de la obra de Celso frente al conocimiento práctico de Galeno.

La presencia de la medicina en la historia de Roma presenta etapas diferentes, también en directa relación con la historia política y la evolución de la ciencia; la primera de ellas fue de carácter pre-científico, o proto-científico, en la cual la curación estaba muy ligada a la magia, pese a lo cual puede reconocerse también el intento de explicación a partir de la observación. Ejemplo son las múltiples referencias a las *pestilentiae* en la Roma republicana. Así Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso citan numerosos episodios desde el siglo V a. C. hasta el 175 a. C., siendo muy ocasionales

las que se documentan con posterioridad. Pestilencias que, en las explicaciones de la época, aparecen ligadas a fenómenos míticos, a castigos divinos y a sortilegios y, por lo general, también relacionadas con hambrunas y con la estación de verano. En cualquier caso, la *pestilentia* reiterada, casi cíclica, de la Roma republicana, se explica hoy como epidemias de paludismo.

La ascunción de la medicina de herencia griega, de origen hipocrático, encuentra en principio lo que se ha denominado «una paradoja cultural», a saber, un proceso de resistencia. Los escritos de Catón han sido utilizados, en muchas ocasiones, como muestra evidente de esa resistencia al desarrollo de una medicina «científica», con un rechazo a la actuación de los médicos griegos, a los que llegó a acusarse de pretender matar más que curar. Es indudable que el cambio se produjo justamente en la época del Principado de Augusto. Suetonio atribuye esta transformación al influjo de un médico concreto, Antonio Musa, y a su actuación en Hispania. El emperador Octavio Augusto, cuando se hallaba actuando en las guerras cántabras, sufrió una desconocida enfermedad que le obligó a retirarse a Tarragona y que lo puso al borde de la muerte. En ese momento el médico Antonio Musa, es de suponer que junto a otros remedios, aplicó una terapia basada en los baños.

La actuación de Musa ocasionó un cambio en la situación social de los médicos, puesto que él mismo mereció la dedicatoria de una estatua en la capital imperial. El prestigio de Musa, y el agradecimiento imperial, permitió la promoción social de los médicos y la consideración de la medicina como una de las artes. En este sentido, el análisis, planteado por André, de distintos escritos de Séneca constituye un magnífico testimonio de esta transformación en el aprecio social de la práctica médica. A partir de aquí se expande el control público de la medicina y de su enseñanza, los médicos oficiales de colonias y municipios, el servicio de sanidad militar (que tuvo un despliegue enorme), o la actuación de los médicos de gladiadores, que también ocupan un lugar en el estudio.

Un segundo aspecto muy importante fue el alto prestigio alcanzado por la curación a partir del uso de las aguas. El papel central de los baños de aguas determinadas, y de la ingesta de algunas de ellas, ha conducido incluso a la consideración de Musa y de otros médicos romanos, como sencillos y simples «charlatanes». En cualquier caso, a partir de la época de Augusto, y durante todo el Imperio, tuvieron una enorme importancia las instalaciones balnearias, de las más desarrolladas del mundo romano.

En el capítulo titulado «La epidemiología positiva» trata de cómo entre la época de la tardo-república, y la parte principal del Alto Imperio, el Imperio Romano en general, y el Occidente romano en particular se caracterizó por un buen estado sanitario. Desde, al menos, la victoria de Pompeyo sobre los piratas, y más aún desde el triunfo de Octavio (Augusto) en *Actium*, el Mediterráneo fue un mar de comunicaciones, de contactos, de movimientos de personas y de mercancías y, sin embargo, esto no supuso —durante más de doscientos años— la extensión de grandes epidemias, una evidente muestra de la salubridad general de tan extenso periodo. André no realiza un estudio

detallado sobre las epidemias del Imperio, aunque sí efectúa una buena aportación acerca del concepto de *pestilentia* en la literatura. A partir de estas fuentes el autor considera que la literatura romana superó a la griega en la etiología de la epidemia, lo cual es opinable.

La terapéutica ante la medicina general y las acciones de carácter especializado son objeto del capítulo séptimo de la obra de André. Es importante, y ya con larga tradición historiográfica, el recurso a la arqueología para documentar el instrumental que es bien conocido, por ejemplo, en Pompeya o en Mérida. La obra de André apuesta por una interpretación positiva de los remedios romanos, basados en la comprobación empírica y la enseñanza, frente a la visión que se deduciría de la mordaz crítica de Marcial, cuya atribución de «charlatanismo» a los médicos es aquí bien contestada. Como buen ejemplo, la atención de Galeno hacia la formación, recomendando el aprendizaje de la anatomía mediante la disección de monos, y su comparación con los datos recogidos en los libros de medicina.

El autor encuentra en la medicina romana más espacio para el debate y la crítica y, a su vez, un desarrollo bastante considerable del concepto de «sanidad pública», que tuvo su núcleo básico en la higiene y en la cultura del agua. Cuestiones que también se complementan con las tratadas en el último capítulo, sobre la relación entre la medicina, la filosofía y las enfermedades. Más allá de la propia medicina, André elogia la, por lo general denostada, filosofía romana, y muy en concreto la de la «Edad de Oro de los Antoninos». Después del análisis de las consideraciones literarias, se analiza el pensamiento referido al suicidio.

Una ausencia importante en la obra de André, que de forma indudable es intencionada, es el análisis de la edad de defunción, o a la incorrectamente llamada «esperanza de vida», y a las causas más usuales de los fallecimientos, con hechos diferenciales entre hombres y mujeres, o a las enfermedades óseas y dentarias que están documentadas por la arqueología en necrópolis de época romana. Son cuestiones no incluidas porque escapaban del estilo de la obra, aunque cuentan con una extensísima tradición, en especial la obra de Mirko Grmek (1983), que André no menciona, y que le hubiera permitido una aproximación a algunos aspectos dignos de ser tenidos en cuenta.

Pese a esta voluntaria ausencia, el profesor André ha realizado una magnífica obra repleta de sugerencias para profundizar y planteamientos que intentan rebasar las visiones más tópicas. Frente a la historiografía más tradicional, la obra de André analiza la medicina romana como alumna aventajada de la helénica, y dotada de una cierta originalidad. Jean-Marie André ha aportado, por tanto, argumentos para una revalorización de la medicina romana. ■

**Enrique Gozalbes Cravioto**, Universidad de Castilla-La Mancha  
**Inmaculada García García**, Universidad de Granada